

SUSCRICION  
EN MADRID.

Un mes. 4 rs.  
Tres. . . 10  
Seis. . . 18  
Un año. 34

SUSCRICION  
EN PROVINCIAS

Un mes. 5 rs.  
Tres. . . 15  
Seis. . . 24  
Un año 46

# EL NORTE.

SEMANARIO DE EDUCACION, MORAL, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

## DE LA CARIDAD.

Nosotros, padres de familia, que como nosotros, sentís que una gran parte de vuestra felicidad depende de la paz que reina en vuestra casa, y que para asegurar la subsistencia de vuestra familia hacéis todo género de sacrificios, tal vez no habeis reflexionado lo suficiente sobre el sentido de una palabra, cuyas consecuencias sin embargo bastan para daros el mayor grado posible de dicha.

Vosotros decís constantemente á vuestros hijos: «sed económicos; la economía os dará comodidades y os asegurará vuestro porvenir.»

Nosotros, los que escribimos estas líneas, amonestamos á nuestros hijos, diciéndoles: «Es un precepto divino, hijos míos, el ejercer la Caridad; la Caridad no os dará riquezas, pero ensanchará vuestro corazón, os hará buenos y generosos y en la bondad estriba toda felicidad.»

La Caridad no excluye la Economía; pero según el sentido que se dan á estas dos palabras, la Economía es contraria á la caridad, porque generalmente se

confunde la Economía con la Avaricia, y la Caridad con la Prodigalidad.

Nosotros somos caritativos y económicos: esto es, economizamos lo posible y aun en los mismos actos de Caridad, para poder hacer mas estensiva esta accion generosa.

Cuando repitais á vuestros hijos el consabido consejo, decidles:

«Sed económicos y caritativos, puesto que vuestra dicha depende del bien que hagais á los demás.»

En efecto, si haceis á vuestros hijos avaros y egoistas, sembrais la discordia en vuestra casa. Porque desde el momento que cada uno procure exclusivamente para si, el hermano aborrece al hermano, la envidia ocupa el sitio del aprecio, y los padres no son queridos desinteresadamente. Si son pobres, se ven abandonados, si son ricos, ven, á través los rostros hipócritas de sus hijos, que están esperando con impaciencia la conclusion de unos dias que debe ponerlos en posesion de las riquezas de sus mayores.

Si al contrario, se recomienda á los hijos el que sean caritativos, y que presten á los demás todo género de auxilios, y si se acompañan estos consejos del ejemplo, se escitan sus sentimientos



generosos y en todas las circunstancias se hallan dispuestos á hacer los mas grandes sacrificios en favor de su familia.

Tal vez algunos seres moralmente raquíticos hallen demasiado egoismo en estos consejos, mas como la caridad es un sentimiento, por mas que intervenga el cálculo para su desarrollo, no dejará de ser un sentimiento, y por consiguiente sus actos serán espontáneos, como todos los del sentimiento.

Ahora bien, aplicad la observacion á la teoria; recorred vuestra memoria, y recordad todas las familias que conozcais á fondo, buscad los elementos de su dicha ó de su infelicidad y tendréis que resolveréis por el siguiente principio:

«La generosidad de sentimientos procura el mayor bien posible á los hombres.»

Vamos, pues, á indagar cual es la naturaleza de la Caridad, sus consecuencias, y las varias maneras como puede ejercerse.

La Caridad no es, como muchos la definen, el acto de dar á alguno una cosa que puede sernos útil.

La Caridad es un sentimiento que nos impele á identificarnos con la suerte de todos los que sufren.

La caridad es el amor á la humanidad.

Es la generosidad, la compasion, es el sentimiento que nos arrastra al sacrificio.

La Caridad perdona las injurias, y hace esclamar á Cristo, pendiente de la cruz: «Padre mio, perdonadles!»

Sesenta siglos de egoismo no han podido destruir esta hermosa hija del cielo que hace á todos los hombres solidarios! La Caridad se enseñoorea de todos los espíritus, y un dia llegará en que, mas

que de las instituciones de los sentimientos de los individuos, no se verá miseria ni dolencia sin ser socorrida.

La historia de la Humanidad, segun el fin que se ha propuesto el Criador, es la historia de las luchas de la Caridad, ayudada de inteligencia, contra el egoismo y el sofisma.

Por carencia casi absoluta de caridad en los caudillos y en los pueblos, desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, se han dado tantas funestas batallas que han retardado el progreso de algunas naciones, cuyos adelantos no hemos alcanzado. La Caridad ha sido proclamada como dogma, el insensato amor patrio que pretende dominar la patria de los demás, ha ido menguando para hacer lugar á la caridad que considera á todos los hombres como hermanos, puesto que se identifica con la suerte de todos los que sufren.

La Caridad en su mas lata aplicacion, es el empleo de todos los productos sobrantes, de todos los conocimientos á favor de todos los que carecen de ellos.

Asi es que siempre que se instruye, moraliza, se ejercen actos de caridad, y tal vez estos son los mas dignos de recompensa. Porque si observamos imparcialmente los hechos que se efectúan al reledor nuestro, veremos que la falta de instruccion y de moralidad dan origen á las acciones mas injustas y degradadas.

¿Creeis que si todos los hombres supiesen que la felicidad estriba en el cumplimiento de todos los deberes, esto es, en la satisfaccion de la conciencia, habría engaños, estafas, vejámenes.



tanta clase de delitos que se cometen diariamente?

Mas, como es creencia universal que solo el dinero hace al hombre feliz, todos quieren obtenerlo y á toda costa. Las propiedades y las riquezas de toda clase no hacen mas que asegurar la subsistencia y algunas comodidades; mas ni la seguridad de comer mañana y de poder gozar de algunas comodidades, no constituye la dicha, ó sino que hablen los ricos y los poderosos, y que nos digan si son felices.

El dinero, ya que tanto se cacarea su valor, no es para nosotros mas que el medio necesario para poder recibir el placer y el dolor.

En efecto, ¿qué son las riquezas? La casi seguridad de no morir de hambre; y no son otra cosa, calcúlese del modo que se quiera. Las riquezas, pues, y quede establecido, no son mas que la seguridad de existir. El encarcelado tambien existe, y sin embargo, preguntadle si es feliz.

(Se continuará.)

## EL AMOR DE LOS ESPOSOS.

(Continuacion).

Antes era la mujer una niña, de quien no se hacía caso: ni ella misma pensaba en lo que era; ni se daba cuenta de su destino, ni de por qué la habian traído al mundo. Pero ha visto un jóven: ha simpatizado con su carácter, le ha querido: el jóven le ha dicho: «serás mi espo-

sa.» Y esta palabra *esposa* la ha ruborizado. Y por qué? Acaso por un presentimiento de la dignidad que despues habrá de sostener en la familia: tendrá un grave cargo que cumplir, se le confiará una mision, á ella, cuya vida pasaba distraida y risueña! Una casta emocion, un indefinible deleite únese al sentimiento de la dignidad, y toma tambien su parte en aquel rubor de la virgen que presente será madre.

La infeliz mujer no es libre en el mundo: dependen de la fortuna sus sentimientos, su destino, su situacion material. A veces una casualidad la preserva de vivir en la indigencia. La mujer ha de casarse. Tiránica ley es la que así la subyuga y maltrata. Pobre mujer! feliz se considera cuando el amor, al paso que da pasto al sentimiento que le esperaba con ansia, y que se entretenía con ilusiones, porque la realidad no llegaba, le da tambien un porvenir y la perspectiva de un destino que llenar!

Enlazados ya los dos séres en amor y fortuna, bellos tambien son los dias que gozan, mucho el bien que cumplen.

Todas aquellas reformas que en su conducta moral prometió el amante, suc-le cumplirlas el esposo: la mujer gana en reflexion, y á la docilidad del amor debe que la influencia de su marido la haya engrandecido y á veces hasta transformado: amable y jenerosa autoridad la del afecto!

Un mismo lecho recibe en las horas de descanso á los que son *dos en una carne*. Como participan de unos mismos momentos, de un mismo celo, de un mismo descanso, nada hay que no pueda



serles comun. La prudencia, la economía, la docilidad, la tolerancia, la dulzura de carácter, la paciencia; tales son los afectos de un *amor que se ha hecho una virtud*.

Compártense los dos corazones el bien, y lo gozan mayor: compártense las penas, y estas se hacen menores.

Desfallece el corazón del esposo, porque la injusticia de los hombres le atropella? Sabe que una voz está pronta á dejar en su alma una palabra de consuelo.

Lo habitual del afecto une las dos existencias; hace al uno necesario al otro: siendo un corazón en dos corazones, no hay placer, no hay dolor que no impresione los corazones en uno mismo.

El hombre tiene necesidad de esta simpatía, de este amor: la vida es una jornada, y se necesita un compañero para guiarla. El corazón aislado en la vida es solo parte de un corazón.

Los afectos humanos se difunden, porque la humanidad es una familia; pero el amor de dos es una necesidad de las almas, entra profundamente en la conciencia, la llena, completa la abnegación, porque la hace inevitable después que un ser ha pasado á ser parte de otro ser.

Se puede tener muchos compañeros: se puede vivir en ciertas reuniones habitualmente y con satisfacción del espíritu, y con prodigalidad de afecto; pero un amigo es una necesidad cuando no se tiene y hasta cuando se tiene.

¡Cuanto mas alto no ha de ser el desti-

no que haya dado la naturaleza, al amor de los esposos!

Creciendo y perfeccionándose mas en el corazón y en la inteligencia con la verdadera vida conyugal, es un deseo de bien que empuja y sostiene la voluntad con la mayor constancia: el hombre necesita un *deseo que mueva* y como conduzca el alvedrio: hijo de la sensibilidad este deseo, es á veces amor; y ¡cuán llevaderos se hacen entonces los mas amargos trances, cuán superables los obstáculos!

Cuando falta el sentimiento como fondo de vigor moral, decaen las fuerzas, abátese el espíritu, doblégase el hombre á las dificultades; y solo una voluntad poderosa, un raro ejemplo de fuerza moral, puede presentarse como exceptuada del naufragio de la moralidad, peligro inevitable para las almas débiles.

El amor conyugal es inagotable, recto en su dirección moral, fuerte como generoso.

Obrando como sentimiento habitual, de todos los momentos, encamina los pasos del hombre *al bien*. Obrando como expansivo y acariciador en los intervalos de la vida activa, en las horas de descanso doméstico, es una recompensa y un saludable olvido.

Sublime ha sido la Religión cristiana al creerle *digno* de divina consagración: quien le abrió hasta el porvenir *del cielo*, muy hondamente habia penetrado lo que era este amor en la *tierra*.

Deluviéramos agradablemente el cuadro que ofrece cuando se aplica al verdadero bien que es su destino, á la *conser-*



*ración de su fruto!*—El amor conyugal empleado en la crianza y cuidado de los hijos, vive en detalles tan delicados, abunda en escenas tan amables, que mucha inspiración necesitara nuestra pluma para trazar de todo ello un completo cuadro.

Para un amor que es el punto en que dos seres son un mismo ser ¿qué puede haber mas bello que un hijo! Esta es la expresión viva, palpitante de esta unión profunda de dos almas; el amor de estas, el espíritu del nuevo ser que ha nacido. Los esposos se aman mas en sus hijos. Puede dejar de ser así? El amor no conserva lo que ha criado porque lo ama? Vedles á los dos esposos contemplando á su hijo: si padece, los dos están tristes; si está bueno, los dos se miran contentos; y sus almas vuelven á tocarse en una mirada de amor como se tocaron aquel día en que concibieron aquel fruto querido. Observad luego cuan bien corresponde aquel entrañable cariño al bien de la criatura, y admirad, y amad, como debeis esta santa obra de la naturaleza.

Cualquiera, no obstante, creería, leyendo estas líneas, que mora entre los hombres el amor libre, satisfecho y ayudado de la justicia! Cualquiera que nos viese en la pintura que del amor de los esposos acabamos de hacer, un simple bosquejo de la naturaleza pura, inocente y sencilla, se lisonjearía de ver á su alrededor la realidad de aquella pintura! Cualquiera pensaría que ese escrito es solo un *reflejo* de la verdad mas hermosa!

Desgarra el corazón pensar que no es así, pensar que cuanto mas bello es lo

que el hombre imagina, cuanto mas justo es lo que cree, mas lejos vive de la realidad, en esta miserable condición de la vida humana. No os finjais, no, poéticas ilusiones: representaos únicamente la naturaleza con sus bondades y beneficios: cuenta tendrá el mundo de burlaros como víctimas de ilusiones poéticas.

Los poderosos del mundo no tienen necesidad del amor, porque viven hundidos en sus apetitos brutales. Los poderosos del mundo llaman *poesía*, *capricho de la imaginación* á un cuadro de amor, porque nada les hace sentir. En su torpe frente está borrado el sello que anunciaba el hombre. ¡Infelices ellos en quienes hasta falta el remordimiento, que al menos les hiciera en la posibilidad de su amor, para ellos perdido ya!

Y sabeis por qué el que ama tiene horror á los poderosos? Porque ellos son causa de que *el amor no sea una verdad* en la tierra.

Porque si amais, os llaman *niños*! si os quejais, *mendigos*! si con razón pedis justicia, *declamadores*!

Niños, porque quisiéramos ser hombres; mendigos, porque quisiéramos poder trabajar para engrandecernos, y declamadores, porque nos quejamos! El infeliz que tiene hambre tambien se queja, porque tiene razón.

## ECONOMIA POLITICA.

El principal origen de la diversidad de



opiniones que reina entre los economistas, es el prurito que los anima de simplificar y generalizar; porque mientras que sus adversarios, apoyándose cada vez mas en la práctica, sacan aventuradas consecuencias de hechos aislados, que á cada momento citan, los escritores científicos dan en el extremo opuesto; no someten sus teorías á la prueba práctica que las robustezca y aclare, la única que puede hacer ver su justicia y utilidad en un asunto tan complicado.

Nada hay mas seductor para ciertos hombres, que simplificar y generalizar, y tal es el objeto de la verdadera filosofía, siempre que se pueda conseguir sin perjuicio de la verdad. El objeto de simplificar en economía política, ha dado origen á que se manifieste repugnancia en admitir la accion de muchas causas en vez de una, para explicar ciertos efectos. Siempre que una causa cualquiera ha parecido suficiente para explicar varios fenómenos, se le han atribuido sin haber examinado detenidamente si alguno era mas bien producido por otra causa que por aquella, porque el objeto principal era simplificar sin preveer que era destruir en vez de edificar. Nosotros miraremos siempre con respeto la admirable regla de Newton, que prescribe no admitir mas causas que las absolutamente necesarias para dar cuenta de los fenómenos que se quieren explicar; pero segun esta misma regla se vé que es preciso admitir las que realmente son necesarias.

La misma causa produce la repugnancia que hay de no admitir en una proposicion modificaciones ni escepciones, con objeto de adaptarla á muchas causas, porque nada es menos filosófico, y nada hay que menos satisfaga; y sin embargo estamos persuadidos de la necesidad de hacerlas en muchas proposiciones importantes de economía política, porque la accion y reaccion reciprocas de

causas y efectos le dan un carácter complicado, teniendo por consecuencia la precision de hacer modificaciones á un número considerable de graves proposiciones; y aqui es donde estriba toda la dificultad de esta ciencia. Permitasenos aclarar esto con un ejemplo.

Adam Smith sostiene que los capitales se aumentan con la economía y que todo hombre frugal hace en serlo un beneficio á la sociedad; que el acrecentamiento de las riquezas es debido al exceso de los productos sobre los gastos. Considerada esta proposicion en un gran número de sus aplicaciones es cierta, certísima. Ningun aumento considerable y progresivo de riqueza, podria en efecto, tener lugar sin la continua economía, que todos los años convierte en capital una parte de los productos; pero fácilmente se conoce que estas proposiciones dejan de ser ciertas si se les da una latitud indefinida. Si todos los hombres se contentasen con alimentos frugales, con vestidos modestos, y con habitaciones reducidas ¿podria haber riquezas?—No. La espuela aguda que hace al hombre sacudir la muelle pereza á que por un efecto de su naturaleza se ve inclinado, y entregarse al trabajo, fuente inagotable de las riquezas, es el deseo de satisfacer sus gustos y pasiones. Si todos los hombres fueran frugales y económicos, si un traje sencillo le contentase, si una mezquina habitacion les bastara, ¿habria quién se dedicase al cultivo de ciertos árboles y plantas que requieren tanto cuidado y esmero, para sacar despues una crecida suma de su fruto?—No; porque se consideraria como objeto de lujo y escándalo. ¿Habra quiéense dedicasen á tantos oficios y artes que nos brindan á cada paso con objetos dignos de admiracion, dándonos la mas alta prueba de la inteligencia y trabajo que se han empleado para fabricarlos y construirlos? ¿No es esto un capital de



preciosas riquezas? ¿Habría quién se pusiera á cruzar los procelosos mares para trasportar los ricos frutos de otro suelo ó las obras del talento de otros hombres? ¿No sería esto secar la más abundante fuente de la riqueza, el comercio? ¿Podríamos tampoco enorgullecernos al contemplar las gigantescas obras de la arquitectura? ¿No sería esto matar las artes? ¿Y qué se habian de hacer tantos millones de brazos que se ocupan con asidua inteligencia y constancia en tan nobles objetos? Todos tendrian que dedicarse á la agricultura que no por eso adelantaria mucho, antes por el contrario, faltándoles á los hombres lo que por fortuna es imposible, la espuela que dijimos al principio, se entregarían á la inercia y llegarían hasta hacerse estúpidos. Examinemos ahora el sentido opuesto. Si los gastos escudiesen á los productos ¿qué sucedería? Que el capital iria decreciendo, y las riquezas se irian gradualmente acabando por la pérdida de la facultad de producir. Luego los extremos se tocan, y de aquí se deduce que debe haber un término medio que es preciso conocer y determinar: es necesario hacer ciertas restricciones; es necesario modificar esta proposicion para fijarlo.

La division de los mayorazgos nos ofrece otro ejemplo del mismo género. Nadie duda que la division de los inmensos terrenos que antiguamente formaban el dominio de los grandes propietarios feudales ha sido eminentemente favorable á la industria y á la produccion. Cada señor feudal poseía inmensos terrenos y pueblos, cuyos habitantes tenian que depender de un mezquino jornal con que apenas podian atender á la subsistencia de su desgraciada familia; ninguno de ellos podia destinar una pequeña suma como ahorros para formar capital; se veian obligados á nacer y morir en la pobreza. Dependiendo los productos agrícolas, únicos y esclusivamente ne-

cesarios para la vida, de los fenómenos atmosféricos, cuando estos no prodigaban su benéfico influjo y el producto de los primeros artículos era escaso, ¿cuál sería la suerte de esos seres desgraciados?

Pasar una vida llena de privaciones y miserias. Y esto, prescindiendo de las continuas guerras á que dió lugar el feudalismo, fecundo gérmen de destruccion y de crímenes. Demos ahora á la division de los terrenos una latitud indefinida, ¿y qué resultará? Que los capitales se irian progresivamente destruyendo, y á pasos agigantados se caminaria á la miseria general. Luego aquí, como en el caso precedente, debe haber un término medio, único y verdadero modo de aumentar la riqueza y poblacion, deduciéndose de ambos casos la imposibilidad de establecer una regla general, y que en cuestiones de esta naturaleza en que los extremos se tocan, el término medio que brindará con todas las ventajas, sea objeto de las más serias reflexiones para poder aproximarse á él cuanto sea posible, y entonces se conocerá ser causa de muchos efectos que dan lugar á falsas conclusiones.

Esta mania de generalizar inconsideradamente, está también la causa de que algunos autores de economía política tengan repugnancia de someter sus teorías á pruebas prácticas. Nadie es tan enemigo como nosotros, de dar importancia á hechos aislados, ni menos dispuestos á creer que una teoría que explique muchos fenómenos se invalide por aparentes contradicciones; porque el verdadero valor de una proposicion no se puede muchas veces conocer por la práctica, si se ha querido examinar sin oportunidad; pero no admitiremos como cierta una teoría que esté en contradiccion con la experiencia general, razon poderosa y suficiente para desecharla: en esta suposicion es preciso ó que sea radicalmente falsa ó esencialmente incompleta, y en ambos casos, no puede dar una so-



lucion satisfactoria de los fenómenos existentes, ni una regla por la que en lo sucesivo nos podamos regir con alguna confianza.

Una teoría puede parecer exacta, y serlo en efecto segun ciertos datos convenidos, que tambien pueden parecerlos mismos que han servido de base á la teoría, en el caso particular á que se ha querido hacer esplicacion: pero una pequeña diferencia en las circunstancias, que haya pasado desapercibida, puede influir notablemente entre los resultados reales obtenidos, y los que se calculaban; así que una teoría se considerará como defectuosa por vicio radical en los principios, bien por no tener una aplicacion general, ó bien por no tenerla en particular en las circunstancias existentes.

Siempre que se puede presumir la accion de causas imprevistas, y que las previstas están sujetas á grandes variaciones de fuerza y de actividad, es necesario poner toda nuestra atencion sobre los hechos, considerándolos segun su naturaleza, para evitar la multiplicacion de teorías erróneas y confirmar y sancionar las que están reconocidas como verdaderas.

(Se continuará.)

## LOS HIJOS DE HERMAN.

LEYENDA ESPAÑOLA DEL SIGLO XI.

(Por D. Rafael Sanchez de la Plaza.)

(Continuacion.)

Si los dos jovenes hubieran aprovechado los momentos de decision á partir al campo de los cristianos; si el viejo Herman no hubiera impedido su marcha con inútiles reflexiones, en tres dias que

tuvieron el camino libre, ellos hubieran evitado su prision en la torre, y este ser arrancado de su lecho de pajas para ir á arrastrar las cadenas del cautiverio. ¿Pero quién será capaz de acriminar su conducta? ¿Le es siempre tan grata á un padre la dulce compañía de sus hijos!... ¡Tan cruel y desgarradora la idea de su separacion!... ¡Es tan grato tambien para un hijo bueno el momento que respira al lado de sus padres!... ¡Le cuesta tanto separarse de ellos!...

Estas tristes reflexiones debieron dominar durante los dias de salvacion la mente del padre y de los hijos; porque en este intervalo de tiempo, no se habló en aquel pobre recinto de otra cosa que de proyectos de libertad.

Los hijos, dejándose llevar del ardor de su juventud, proponian al anciano mil medios para salir cuanto antes de la ciudad; pero el padre contenido siempre por la idea de que su avanzada edad podia comprometerlos, y porque creia obra del momento la toma del sitio, por los cristianos, persistia en quedarse en su cuarto con su hija, y aconsejaba á los jóvenes que apresurasen la partida. El tiempo se pasaba, los momentos eran preciosos; y así los dos hermanos fortalecidos todavia mas en la idea de llevarse con ellos á su padre y su hermana, volvieron de nuevo á instar al anciano, al espirar el plazo de los tres dias. El lector sabe ya que esta conversacion fué la última que los dos jóvenes tuvieron con el anciano; y que estos, muy lejos de encontrar el puerto de salvacion que buscaban, fueron conducidos á una fortaleza enemiga: ahora vamos á trasladarnos á la habitacion del viejo Herman.

Desde el instante en que Pedro y Andrés se separaron de su lado, Herman no habia podido contener un momento su impaciencia: el recuerdo de sus hijos, abandonados á su buena ó mala estrella, su miseria y su edad decrepita, le hacian entregarse al mas triste desconsue-



lo. Por otra parte veia á su lado á su querido Lucia, observando todos sus movimientos, participando de sus penas con el mas vivo dolor; y era preciso consolarla: así el cariñoso padre finjia una agradable sonrisa y ahogaba con ella un suspiro triste y profundo: lloraba y reia á un mismo tiempo. Este cambio tan contrario de afectos, no tardó en llamar la atencion de la jóven, tanto mas cuanto que no habia apartado la vista de su padre desde que se alejaron sus hermanos ¿Llorais, padre mio? le dijo haciendo tambien un esfuerzo para ocultar su dolor, ¿llorais y reís á un mismo tiempo!... ¡Oh!... sí, contestó vivamente el anciano, lloro... de gozo; porque solo la idea de que se acerca el momento de nuestra salvacion me hace derramar lágrimas... y... ja, ja, ja, la alegría me produce la risa. ¡Qué metamorfosis tan contraria! pero sin embargo, yo debo reirme. Ja, ja, ja... ¡Por Dios que no os comprendo, le contestó Lucia, cada vez mas impaciente: no sé que pensar de ese repentino cambio: como nunca acostumbrais á reiros, me sorprende esta mudanza. ¡Te sorprende! te estraña que me ria, repuso el padre volviendo á tomar el mismo tono anterior, pues no debe sorprenderte: ya ves, cuando yo me entrego á esta clase de placer mis razones tendré para hacerlo. Si, Lucia querida; si hay momentos felices en la vida humana, este es uno de ellos; y yo quiero gozarle. ¡Lloró! y mis lágrimas brotan del corazon en lugar de brotar de los ojos: ¡rio! y mi risa las enjuga.

Mi mente abandonada con la segura idea de que muy pronto hemos de vernos libres de la persecucion de los infieles; de que hemos de rescatar nuestra libertad, nuestras haciendas, y de que hemos de ver el país habitado por cristianos pacíficos y amigos, mi mente, repito, se estrañia; y el gozo que, como un torrente impetuoso se precipita y esparce por todas las venas de mi cuerpo, me conduce al mas alto grado de alegría.

Este deseo ardiente de libertad, me entusiasma, me exalta, me reanima, y hasta parece que me hace recobrar mi antiguo vigor: sino, mira. Y el anciano se levantó de su cama con tal ligereza, cual si fuera un jóven de veinte años. Reportaos, padre mio, repuso Lucia, asustada y creyendo que los extremos de su padre eran producidos por un fuerte delirio; calmaos, y no con tan imprudente empeño querais agravar vuestro estado. Si la esperanza de veros libre os produce esa agitacion, tened el suficiente valor para soportarla... pero tranquilo, padre mio, tranquilo. Vamos, volved á acostaros; desde la cama podeis hablarme con mas comodidad. Dices bien, la respondió el anciano, volviendo á sepultarse en su lecho de paja: desde aquí quiero hablarte: la ausencia de tus hermanos me proporciona ocasion de hacerlo sin que ellos lo escuchen. Acércate y oye. Poco antes de espirar tu madre, cuando ya agotados todos los recursos humanos perdimos la esperanza de salvarla, viéndola su muerte próxima, mandó que me dejasen solo con ella un momento; y, despues de encargarme en nombre del Cielo, el mayor sigilo, me dijo «Herman, yo voy á separarme de ti para siempre... Si algun dia la fortuna fuese tan ingrata para ti, y para nuestros hijos que os vieses reducidos á la miseria, toma este anillo, en cuyo centro encontrarás una marca, que rev la la procedencia de mi familia, y marchad con él al Africa donde hallareis proteccion en el soberano de Egipto. Consérvale, porque es una tradicion de familia, respetada por todos mis antecesores.» Yo le tomé, hija mia, no porque intentase nunca hacer uso de él, sino por conservar mejor la memoria de tu buena madre. Partir á un país estraño y enemigo del nombre cristiano, fiados solo en la acogida que por la presentacion nos hicieran, jamás lo he pensado: pero no quiero por esto dejar de legársele á uno de mis hijos. Tus hermanos deben ignorar este secreto: á ellos



solo les toca rescatar nuestros bienes, peleando contra los infieles: si algun dia llegan á conseguirlo tendrán riquezas con que vivir cómodamente. No quiero decirte por esto que tú te verás abandonado por ellos, no: te quieren demasiado para que tal proceder tengan contigo. Deposito en tí el secreto porque tú puedes conservarle mejor: si tus hermanos fueran poseedores de este anillo, quizá mañana le perderian en una batalla... Toma, y guárdale cuidadosamente. La jóven alargó su mano temblorosa, tomó el anillo de la de su padre y después de besarle repetidas veces se le colocó en uno de sus dedos.

Un ruido estrepitoso de armas y de nuestros vino á interrumpir la conversacion del padre y la hija. Los vecinos de aquella viejísima casa corrian por aquellos sucios pasadizos; y las mugeres gritando y recogiendo á sus hijos se encerraban con ellos en sus hediondas y miserables habitaciones. Los hombres, por el contrario, reunidos en turbas permanecian silenciosos y amenazantes: nécia temeridad, que solo sirvió para empeorar su situacion; porque su miseria apagaba el fuego de su valor. Desnudos y sin armas en medio de sus enemigos, todos sus planes se habian de deshacer al primer obstáculo que se les opusiese. Sin embargo, aquellos infelices, que, durante largos años habian sufrido tantas penalidades y trabajos, se juzgaban dichosos en aquellos momentos; porque tambien como Herman, tenian puesta su esperanza en los cristianos, que estrechaban cada vez mas el sitio y se disponian á tomar la ciudad por asalto.

Los sitiados principiaban á sentir las terribles consecuencias del sitio: el hambre y la miseria. Cuantos ataques habian dado á los cristianos acometiéndoles con el mayor denuedo, durante los primeros dias, siempre habian sido inútiles, teniendo que replegarse con notable pérdida. El único recurso que les quedaba para salvarse era abandonar la ciu-

dad en el término de los ó tres dias, que el Rey Católico les habia concedido para que la dejaran libre; pasados los cuales seria tomada por asalto y sus moradores pasados á cuchillo. Igual plazo se les habia concedido á los cristianos para que saliesen de la ciudad, sopena de ser hechos cautivos.

(Se continuará.)

## PARABOLA

### EL EDEN.

Eran muchos infelices

Que en su ventura esperaban,

Siempre llorando mendigos

Esclavos de su desgracia.

Otros hubo poderosos;

Con el placer se regalán,

Goza su alma en festines,

Carrozas tienen doradas.

Un dia les prometieron

Una venturosa patria,

Una mansion de delicia

A los que tristes lloraban.

Y era ¡mal pecado! era

Porque sus pérfidas almas

De maldades laberinto

Un mal intento anidaban.

Se digeron: «Las riquezas

«Allende el mar nos aguardan

«La nave al fin aprontemos

«Ja nave que allá arribada

«Se llenará de tesoros

«Para volver á la patria,

«Y en ella ricos serémos

«Como el mas rico monarca,

«Y pasaremos la vida

«En esplendores y galas.»

Asi se digeron ellos

Y á los tristes que lloraban;

Dijeron: «Sereis felices

«En aquella nueva patria.

«Venid y vuestras mugeres

«Ya no serán desdichadas,

«Tambien iran cuando vean

«Glorias vuestras esperanzas»



Los infelices creyeron  
Que al infeliz se le engaña;  
¿No veis? Con lindos colores  
El niño, que llora, calla,  
A los malos y a los buenos  
A todos la nave llama,  
En ella están, ya se aleja,  
Ya tiende velas, ya marcha,  
¿Volverán los infelices  
Que esperan la nueva patria?  
«Dulce tierra prometida»  
Con tiernas voces esclaman  
Mirando con alegría  
De la mar la fin lejana:  
«Si te viéramos ahora  
«Si ya por fin te asomaras  
«Allá, lejos, blanquecina,  
«Cual nubecilla lejana!  
«¡Como ilusión deliciosa  
«De alegría, de bonanza!»  
En apartado tropel  
Con misterio murmuraban  
Los de falso corazón  
Los del corazón de saña:  
Traje negro le cubría  
Al que mas fiero miraba,  
Devotas almas decían  
Si era un ánima Santa.  
Un opulento señor  
Al Santo le contestaba,  
Baja la voz, no se oía,  
Cobarde voz del que engaña.  
Pasaron horas y horas  
Días y días pasaban,  
Ibanse meses tras meses  
Y al Eden no se llegaba.  
El del oscuro ropaje  
A los tristes recordaba:  
«Dios la tiene prometida  
A los buenos esa patria;  
Dios la quiere conceder  
En premio de la esperanza.»  
Esperaban..... no veían  
La tierra tan deseada.  
Pasaron un cierto día  
Junto a una tierra olvidada,  
Cielo claro, sol risueño  
Encima de ella colgaban.  
De tanto verdor vivía  
La tierra no cultivada,  
En ella solo crecían  
Rústicas flores y plantas  
Y árboles en espesura

Muy frondosa y regalada.  
Aves de voz argentina  
Entre las hojas piaban,  
También de los ruisñores  
La música resonaba.  
Y las ondas de la mar  
A la ribera dorada  
Acercábanse dormidas,  
Dulcemente la besaban.  
Y las tristes infelices,  
Dándoles saltos el alma,  
«Esa es la tierra, dijeron,  
«Galardon de la esperanza.  
«Tierra que espera cultivo  
«Y que espera ser morada,  
«La patria de nuestros hijos  
«El Eden que les aguarda.»  
—No, dijeron los aleves  
Y ya mas allá se lanzan,  
La nave el falso piloto  
Movía con negra maña.  
Al fin la tierra queruida  
Ya perdía la mirada,  
Lloraban los infelices  
Sin saber por que lloraban!

A tierra llegan inculta  
Salvaje, que verla espanta,  
Rocas la visten y selva  
Fieras la moran extrañas,  
Puerto ha de ser esa tierra  
Puerto ha de ser esa playa,  
Solo verla pone miedo;  
¿Qué quieren los que se paran  
Y la nave ya detienen  
Y en estas arenas anclan?  
¿Qué quieren? ¿por qué sonríen?  
Por qué están solos y cantan  
Con cierto bronco susurro.  
Cantos de fiera esperanza?  
Qué ya centellán sus ojos  
De una codicia que es rabia?  
¿Qué ya mandan a los otros  
«Bajad, que es esta la patria,  
La tierra tan prometida  
El fin de nuestra arribada?»

Minas había tan hondas  
Que el hombre no las cavara,  
Y todas en hilo oculto.  
Laberinto de oro y plata,  
Allá fueron codiciosos  
Por que el oro codiciaban.  
Los mendigos que trajeron



Al trabajo condenaban.  
Quejáronse con suspiros,  
De trabajo que les cansa  
Pedían muerte y reposo,  
El tirano les mandaba  
Que su grito no se oyera  
Y que solo trabajaran.

Habían para su ayuda  
Llevado gentes armadas;  
Y mandaban el silencio  
A los débiles las armas.  
—«Hermanos, decían ellos,  
«Ese trabajo nos mata,  
«Y la humedad de la tierra  
«Con nuestras vidas acaba;  
«Que todos desfallecemos,  
«Aquí nadie nos ampara,  
«Aquí moriremos todos  
«Y lejos de nuestra patria.»

Como la temieron ellos  
Tan cierta fué la desgracia,  
Muchos murieron diciendo  
«Adios!» á su hermosa patria!  
Muertos eran sobre el oro  
Caidos sobre la plata,  
Allí estaban los crueles  
Y sus cuerpos apartaban  
Y mandaban que á la nave  
Llevada fuera la carga.

El trabajo y sufrimiento  
Poco á poco los acaba;  
Mas nada importa, la nave  
Partió cargada de plata,  
Y los pocos que volvieron  
A sus esposas abrazan  
y á sus hijos, y con llanto  
Les contaron su desgracia.

«No llegamos al Eden,  
Era una vana esperanza:  
Eran pérfidos traidores;  
Por codicia nos llevaban  
Pasamos cerca el Eden,  
Torcieron la nave errada.»

Y los malos en orgías  
Y fiestas y hermosas galas  
Consumían la riqueza  
Que fuera en sangre bañada  
Y á los miseros mendigos  
El hambre les devoraba.

¡Infelices!... ¡vuestro día  
De ventura mucho tarda!  
El Eden no gozareis?  
¿Será vana su esperanza?

¡Por qué en impuras orgías,  
En su vida depravada  
Esos hombres poderosos  
El corazon encenagan?  
Si Dios al malo castiga  
¿Por qué á los cielos no manda  
Rayos lloviendo terribles  
De justicia y de venganza?  
El rico goza y se olvida,  
El pobre le mira y calla!

J. A. P.

## LUCIOLA.

Novela escrita en francés.

POR

ENRIQUE DE LACRETELLE.

Venecia dormía al ruido de las hja-  
das que vanan sus piés de mármol; ce-  
lucos del muelle de Schiavoni, las ven-  
nas de algunos palacios todavia habia-  
dos de la *Dogauna di mare*, y del Rial-  
habian dejado de practicar sus sombo-  
en el gran canal. Nadie transitaba  
sus desiertas calles, donde pulula la  
blacion veneciana; no se oían ya  
alegres voces de los gondoleros en  
esquinas de los canales, ni las festi-  
serenatas en S. Marcos. Las campañ-  
de sus trescientas iglesias estaban na-  
das, silenciosas; las mugeres no hab-  
ban, las palomas acurrucadas sobre  
cúpulas, no dejaban oír sustiernos ar-  
llos. ¡Ni una linterna, ni una estrele-  
ni una cancion, ni una barquilla. Llov-  
cosa odiosa é inútil; ¡La lluvia en-  
mar!

Sin embargo, se le antojó á un jó-  
viagero que no tenia nada de poe-



brir su ventana y asomarse á este tenebroso desierto. Habitaba el piso bajo de un palacio, enfrente de Santa Maria della Salube, el cual se habia transformado dias antes en una posada. Este viajero no se entregó á ninguna medicion seria sobre la decadencia de la ciudad que le recibia, y no sintió de las adiciones del pasado sino el recuerdo del Carnaval y de las cortesanas, que bajo el pretexto de la máscara que las cubria el rostro, se dejaban reconocer en su cuello alabastrino y abandonaban á las caricias sus desnudas espaldas. El sentimiento tenia al menos la excusa de la oportunidad; era el mes de febrero, y las capitales de Europa se entregaban á la algazara, y Venecia no tenia una hora de distraccion que ofrecer á un extranjero cuyos bolsillos estaban llenos de oro, y cuyas manos eran pródigas.

Iba á retirarse á su departamento, cuando una luz que se avanzaba del gran canal, le retuvo en el balcon. Era una góndola hendiendo lentamente las aguas, y que le trasmitia la modulacion melancólica y confusa de una cancion que se escuchaba lentamente. Se conocia que era impulsada por la mano de una jóven. La marcha de la góndola era ligera y silenciosa. En efecto, muy pronto pudo distinguir, al reflejo de la linterna puesta en el cuello del Cisne, formas juveniles y flexibles que se encorbaban sobre el remo. La cancion, el movimiento, venian de la misma persona. La batelera estaba sola. Su voz, confundida con el murmullo del agua al estrecharse contra la barca, tenia vibraciones rápidas y sonoras; mecia y cadenciaba el armonioso giro del remo; pero á medida que la cantarina hacia adelantar su góndola, contenia su voz. Hubo tambien un instante en que parecia que habia conjugado sus lágrimas, y la cancion se convirtió en un suspiro melodioso. La débil embarcacion se deslizó rasando las orillas del antiguo palacio: cuando llegó al pe-

queño canal que va del lado de S. Marcos, volvió bruscamente el ángulo del muro, y todo desapareció. El surco de la barca, la reberveracion de la luz sobre la ola, la tierna cancion, se extinguieron al mismo tiempo. El sueño habia concluido.

Era efectivamente un sueño, para el viajero inclinado sobre su ventana. Formas entrevistas, palabras adivinadas, un rayo dudoso, nada mas. Pero estas apariencias habian bastado para encantarle. Le parecia que este puro perfil que pasaba ante su vista, era ese tipo divino que los grandes poetas y los grandes pintores adividan una vez en su vida en el pequeño espejo de una inspiracion transparente, pero que no consigue nunca cantar ni pintar. Cabellos negros flotantes al viento, esta mano blanca en la oscuridad de la noche, este tallo cuya bellissima finura se encorbaba y enderezaba con el remo, como el movimiento voluptuoso de una danza ondulosa, esta voz sonora saliendo de las fuentes las mas cristalinas del corazon, este perfume desconocido que le habia penetrado cuando la góndola pasaba, ese desprecio del frio y de la lluvia, todo era misterioso, triste y fugitivo como una ilusion perdida.

Nestor, este era el nombre del viajero,—se perdió durante algunos momentos en su contemplacion que tocaba en lo ideal. Se inclinó sobre el balcon para tratar de ver si descubria algo en el canal donde la jóven habia desaparecido; tendió los brazos como para coger la vaporosa aparicion. Por último, despues de algunos minutos de tormentos indefinidos, sacudió su blonda cabeza como si pudiera desechar esta imagen; volvió á cerrar su ventana, y esperó dejando caer el pesado cortinaje de terciopelo, no ver mas la fantasma que le perseguia, lo mismo que desaparecen los actores cuando ha caido el telon.

La cámara que ocupaba era vasta y tenia un no sé qué de imponente. Los



muebles de envejecida encina cuidadosamente esculptados, daban á las paredes una fisonomía misteriosa y claustral. Antiguos retratos de la escuela Veneciana magníficamente miraban por encima de las puertas, y se conocía en las tintas mas frescas de algunos trozos, que algunas armaduras habian sido retocadas recientemente. Encima de un escudo de armas, se veía el perfil de un navio. El palo mayor se perdía en la inmensidad de la sombra y á los reflejos oscilantes de dos bujías colocadas sobre una mesa, parecia á veces que el navio se agitaba como si estuviera movido por la marea. ¿Esta cámara habria sido habitada por algun Dux? Era digna de él.

Nestor vino á sentarse delante de un magnífico espejo veneciano coronado con un blason. La cabeza del jóven se ocultaba enteramente en el respaldo de un gótico sillón.

No tenemos mas que dos palabras que decir de este, él se dará á conocer en palabras y en acciones. Era bello, rico y distinguido por naturaleza, á la cual la educacion no habia añadido casi nada; tenia una grande inesperienza en el conocimiento del arte y de las bellas letras, y menos remordimientos por no saber.

Su vida habia sido hasta el presente una continua fiesta, sin pesar y sin mañana. Libre é inconstante, el encantador y pródigo inesperto, viajaba por cambiar de horizonte, por gustar de todos los placeres, por disfrutar el amor de todas las mugeres. No habia hecho nunca mal, su corazon era bueno: habia hecho poco bien porque en todo era superficial, pero era atrevido, franco y alegre. Sus amadas le lloraban, y le lloraban todas porque el frívolo entusiasta se deslizaba de sus brazos como una sombra.

Nestor soñaba sin estar dormido, por la primera vez de su vida. Soñaba en la fugitiva batelera que habia arrebatado en su caprichosa góndola el único

deseo que no hubiera satisfecho. El conquistador de fáciles amores se enojaba contra la bella jóven, que no habia comprendido que sus manos se tendían hacia ella. Apostrofaba á la marea que habia arrastrado su barca, á la noche que habia impedido que su mirada fuese adivinada. Pero esta impresion iba á borrarse en la ligera trasparencia de su frívola imaginacion, porque la memoria no tiene imágenes mas que para los corazones provados, cuando oyó en los muebles un ligero roce. Miró al espejo que tenia enfrente de sí, y vio el postigo abrirse, y la encantadora visió presentarse delante de él. Era ella con el corpiño negro y la cinta roja que rodeaba su cuello. Cerró la puerta y sin asombrarse por la luz, vino á apoyarse en la mismada en el elevado sillón, en el cual Nestor estaba como enterrado. El jóven sin darse cuenta de la sorpresa, y aceptando mas que la dicha, se levantó y se arrojó delante de la *Rafaél* cabeza que se inclinaba hacia él. En este instante, y como si solamente entonces hubiera comprendido, la jóven dio un grito y retrocedió para huir. Pero Nestor, enlazándola entre sus brazos, atrajo hacia sí, pálida y temblorosa, y se inclinó para besar su frente. Se desprendió de él, y en su debilidad y temor cayó sobre el sillón.

Oh! exclamó ella en el mas puro italiano, perdonad mi indiscrecion, yo sabia estuvierais aquí. Hace mucho tiempo que esta habitacion no tenia huéspedes.

¡Bendita sea la amable visita que penetra por el muro, como la luz por la ventana! respondió Nestor en el mismo idioma. ¡Vuestra Venecia es la ciudad de las Hadas! Pardiez! encantadora y gentil, yo permito que se entre, pero no que se salga.

Hizo para detenerla un movimiento que pudiera pasar por un alhago; pero ella le miró con tan honesta dignidad que no se atrevió á retenerla mas en su



brazos, y se detuvo en un mudo éxtasis.

«Replicó sonriendo tristemente:

«¿Habeis venido en la oscuridad de la noche? ¿Habeis escogido por asilo el antiguo palacio de mi padre? Está bien: la hospitalidad es una de las leyes de mi familia. Os acojo con alegría porque me pareceis noble y extranjero. Procuraré que no os falte nada... Pero disimularéis la insuficiencia de mi pobreza... La sorpresa de Nestor fué prodigiosa al oír estas extrañas palabras. Sin embargo, reflexionó un instante y la dijo despues de reírse de su candorosa indecision.

«¡Ah! ya comprendo. Sois la hija del señor Brighella, mi huésped, justificais admirablemente su enseña, la *Estella*.

Ella se rió á su vez, pero con desden frunciendo sus labios de púrpura; despues cogió una de las bugias, dirigió su luz á uno de los retratos suspendidos en la pared.

—«¿A quién se parece? dijo.»

Cuanto una barba blanca puede semejar á cabellos negros, y una cabeza de emperador á una frente de ángel, este retrato se os parece.

Dejó la bugia, y respondió con una espresion indefinida de tristeza y de orgullo: «¡es mi abuelo paterno! Y este palacio pertenecía á sus antepasados, hace doce generaciones.»

De manera que yo estoy aquí...

En mi casa, respondió haciendo un gesto gracioso. Si continuo en las barcas, en los puentes, en San Marcos se burlan de mí cuando hablo así. Pero, vos me comprendéis. Mientras que este viejo palacio no caiga en el mar, pertenecerá á la hija de los que le han edificado. ¿Qué la historia de mi familia no está escrita en el piedra por piedra? Acaso este palacio no nos ha sido donado por la república? ¿Este lecho, no ha visto nacer y morir los Dux? ¿Por ventura, estas olas que se levantan á sus piés, han ar-

rebatado los recuerdos y las imágenes del pasado? ¿Es posible que la casa no pertenezca á la historia como el nombre? ¡Sí, estais en mi morada! Han creído que injuriándome á la puerta de mi mansion me impedirian venir todas las noches á esta habitacion, llena todavia de los últimos suspiros de mi padre. Pero la antigua casa se abre por sí misma á los pasos de la hija. Yo sé qué muros tienen escaleras secretas y cuales son los canales subterráneos por donde entran las góndolas cuando los Dux volvan del consejo. ¡Creedme, este palacio me pertenece, como el mar pertenece á Venecia, el nido al pájaro y la vela al viento! Seais bien venido! La pobreza me ha echado de él; se ha vendido en remate; pero es mio ante la historia veneciana y ante la justicia de Dios.

Cuán hermosa estaba hablando así! ¡Con cuánto orgullo y soberania se erguia su noble y juvenil cabeza! Nestor que no trataba ya de comprenderla, se entusiasmaba delante de este noble y desdeñoso desvario. Sin analizar sus impresiones, sin saber si estaba entregado á un sueño fantástico, estaba subyugado por la pasion que le arrostraba hacia esta irresistible beldad.

«Cualquiera que seais, la dijo, necesito vuestro nombre para unirle á la mas hermosa de las emociones de mi vida; ¿Os llamais?

«Luciola; es un nombre ridiculo cuando la gloria de la familia se ha extinguido, y cuando le lleva una oscura niña como yo.

Es un nombre encantador, repuso Nestor.

Cuando me le dió mi padre, me dijo: Sereis la *Luciola* que brillará en la noche de nuestra ruina! sereis la luz argentada que derramará sus bellísimos destellos á cada instante en la oscuridad de Venecia! Sereis el fanal de nuestras costas desiertas? «¡Hay! no soy nada de eso, pero recorro durante la noche en los canales, con la cancion de mi corazon y



la luz de mi góndola. Arrojo un eco perdido y un pálido reflejo á nuestros monumentos que se unden. Conozco mi ciudad natal, como la veleta de San Marcos gira al viento. Os la enseñaré si quereis; este será el modo de pagaros la hospitalidad de Venecia. Mañana al romper el día, mi barquilla estará en la puerta del Agua. ¡Perdonad el que haya venido ahora á turbar vuestra tranquilidad con mis memorias!

Se lanzó á la pared, en la que apoyando su delicada mano en un una raja imperceptible, abrió una puercecilla secreta que daba á una escalera al pié de la cual se estrellaban las ondas. Pero Nestor que se hallaba demasiado subyugado ya por su misteriosa aventura, para dejar marchar sola á esta extraña criatura, corrió á su alcance, y deteniéndola esta vez respetuosamente, la dijo suplicante. ¡Oh! por piedad, dadme desde esta noche un lugar en vuestra góndola. Antes de veros detestaba á Venecia, al presente la idolatro. Dejadme contemplar la bajó, el atractivo de vuestra mirada! No os dejaré, aun cuando debieraseguirlos á nado...

Dudó un momento; despues confiada en la simpática figura del jóven viagero, le respondió con la sonrisa en los labios. ¿Sois prudente?

Si, como el respeto y religioso como la adoracion.

¿Teneis miedo á la noche?

Cuando estoy solo. Y añadió en su pensamiento: Oh mi angelical Luciola, no temo mas que amarte demasiado!—Entonces seguidme y tomad esto para guiarios en las tinieblas de la noche; y desatando la cinta roja que rodeaba su cuello, le dió una punta, sin apercibirse que la llevaba á sus labios. Llegados al pié de la escalera donde estaba atracada la góndola, Luciola saltó en ella con gracioso movimiento; Nestor la siguió con menos atrevimiento, y partieron,

Se continuará.

## EL PERRO.

Nadie hay que no sepa que el perro en muchos casos da pruebas de alguna operacion intelectual.

Hé aquí uno de ellos.

Un panadero de la calle de la flor tenia una perra que diariamente enviaba á la fonda á buscar patas de alcaravan. Por espacio de muchos dias el panadero recibió el número de patas pedido; mas he aquí que un lunes halla una menos, el martes otra, el miércoles una tercera... Qué es esto? Se da queja á la fonda de... El jueves sucede lo mismo... Gran admiracion! la perra se las come? ó bien se las roban?

El viernes sigue el panadero á la perra. A la vuelta, en la mitad del camino, se para á la puerta de un pasadizo, deja el cesto, toma una pata de alcaravan, y desaparece como un rayo; al instante vuelve, toma otra vez el cesto, y corre contenta á entregar á su amo el resto de las patas.

Pero el panadero lo ha adivinado todo. Ha penetrado en el pasadizo; un amigo suyo habita allí, y... que es lo que vé? Un perrito que está royendo la pata de alcaravan!

Débil todavia, hijo de la perra, nacido en casa del panadero, hacia seis dias que lo habia dado á su amigo!

Lejos de enfadarse admira el panadero la ternura maternal.

Dichosa perra! cuantas veces se ha castigado una madre de familia por haber robada un pan que debia satisfacer el hambre de sus hijos!

Imprenta de D. José Villeti, calle de

S. Nicolás n. 15.